

La nieve y antiguas celebraciones en la laguna de patinar del cerro de la Cruz



Por **Victor Hernández**
 Sociedad de Escritores de Magallanes

En los últimos años ha crecido favorablemente en la comunidad la preocupación por la preservación de los grandes humedales de Punta Arenas, en Tres Puentes, en el parque María Behety y en la laguna de patinar del Cerro de la Cruz.

La inquietud de científicos, estudiantes y grupos ecologistas por estos lugares, coincidió con el creciente abandono y deterioro que se observaba en los humedales; en particular, durante meses se habló y se trató en los medios de comunicación acerca de la sequía que afectaba a la laguna del Cerro de la Cruz o del Pudeto, como todavía le denomina mucha gente antigua de la ciudad.

Hace algunas semanas, la ministra de Medio Ambiente Maisa Rojas, había anunciado personalmente, en visita a la región, el cuarto proceso de oficio para declarar como Humedal Urbano a la Laguna Pudeto-Cerro de la Cruz, que luego de las intensas lluvias del verano pareció recobrar su capacidad hídrica. Después de varias tratativas, este martes 18 de junio, se publicó en el Diario Oficial la resolución exenta N° 405/2024, que inicia el proceso de declaración de oficio por parte del ministerio de Medio Ambiente de la Laguna Pudeto-Cerro de la Cruz como humedal urbano.

Aguardando la nieve

En varias semblanzas nos hemos referido -muy al pasar ciertamente- sobre la nieve y de lo que significaba su aparición para nosotros, habitualmente en la primera quincena de mayo, según los recuerdos que guardamos de la niñez.

La lectura de libros antiguos, varios de los cuales citamos con frecuencia en nuestras reseñas dominicales, advierten que el frío era mucho más duro en tiempos pasados y que las primeras nevadas asomaban en abril.

A modo de ejemplo de lo que planteamos, en la página 490 del tomo II de su monumental obra "Censo general del Territorio de



Fotografía de la Casa Chávez, al fondo se ven las casas de calle Zenteno y alrededores del Cerro de la Cruz.

"Las autoridades concibieron celebrar la llegada del invierno con una gran demostración en la laguna y aunque siempre existieron esporádicos eventos en torno al humedal, suponemos que 1958 marcó el punto de partida de esta actividad que se repitió anualmente, por lo menos hasta 1969 cuando el club Andino auspició el festival folclórico de la Patagonia y las llamadas fiestas de la nieve, que consideraba la elección de una reina"

Magallanes", (1908) en el capítulo dedicado a la climatología de la región, el doctor Lautaro Navarro Avaría se refiere escuetamente a la nieve, donde asegura que variaba mucho cada año y que estaba íntimamente ligada con el éxito de la ganadería. El galeno entrega algunos antecedentes sorprendentes:

"En el año 1899 de nefasto recuerdo, hubo una capa de nieve de 102 centímetros. Conviene en general que haya varias nevadas repetidas de tiempo en tiempo para así tener agua en los meses de verano en los chorrillos y lagunas. El mes de las grandes nevadas es julio".

Recordemos que para la fecha que menciona Lautaro Navarro (1899) el agua potable todavía era una quimera en Punta Arenas, y si bien, las cosas han cambiado mucho desde aquel entonces, nos quedamos con una particular reflexión que entrega

en su tratado:

"Lo temible son las grandes nevadas a principios de invierno seguidos de largos períodos de temperatura baja que impide el deshielo. Entonces el pasto queda cubierto i falta el alimento a los animales por largo tiempo".

El periodista Manuel Zorrilla Cristi en el primer tomo de su obra "Magallanes en 1925", señala que "El clima de Punta Arenas es relativamente benigno, no habiendo temperaturas muy elevadas en verano, ni demasiado bajas en invierno". Con respecto a la nieve, tomando las mediciones y estadísticas de treinta años (1888-1924) del Observatorio Meteorológico Salesiano concluye, que el promedio de nieve caída anual es del orden de 36 centímetros.

En tanto, el sacerdote José Ré, quien estuvo durante varias décadas al mando de dicho observatorio, autor del fundamental

estudio "El clima de Punta Arenas", a propósito de la reedición ampliada de su obra en la Escuela Nacional de Artes Gráficas en Santiago en 1945, indicó que desde 1919 a 1940 la nieve caída en la ciudad varió con notables y desconcertantes diferencias.

"Sólo en seis años la nieve pasó de cincuenta centímetros y en nueve años no llegó a treinta". Después de recordar la terrible mortalidad de ovejas causada por la permanencia en el suelo de las nevadas de 1902, argumentó:

"En los últimos veintinueve años, el promedio anual de la nieve caída es de 39 centímetros. Si hemos de guiarnos a las cifras, se comprueba la opinión general de que hoy ya no cae tanta nieve como cincuenta años hace".

Sin ánimo de contradecir al padre Re, en la segunda mitad del siglo XX se recuerda la gran nevada de julio de 1958 en que Punta Arenas, quedó "aislado del mundo" por varios días. Se interrumpieron las comunicaciones telefónicas y telegráficas, se paralizó el servicio aéreo y marítimo. Las entonces modestas poblaciones 18 de Septiembre y Playa Norte, sufrieron especialmente las inclemencias del mal tiempo; mientras la primera quedaba sepultada debajo de la nieve, la segunda sufría el estrago de las frías olas del estrecho que inundaban hasta la calle Jorge Montt.

Otro momento dramático se vivió en agosto de 1995 con el llamado terremoto blanco que afectó principalmente a miles de familias y al rubro ganadero, que lamentó la pérdida de la cuarta parte de la dotación ovina de la región.

Pese a estas desgracias, la mayoría de la gente espera con expectación la llegada del invierno y de las nevadas. De repente, proliferan las carreras en trineos y las competencias para hacer figuras de hielo, los tradicionales monos de nieve que aparecen por todos lados.

Esta es una idea que cobra sentido y que podemos entrelazar con recuerdos de nuestro retorno a Magallanes el 2000, luego de una ausencia de la región de doce años. De la época del liceo, están todavía frescos en la memoria las improvisadas competencias que se hacían en trineos, algunos adaptados especialmente para la ocasión. Era común que los participantes se deslizaran de cerro a playa por las Avenidas Colón o Independencia, y desafiando o ignorando el ya congestionado tránsito vehicular de la época, niños y jóvenes arremetían con todo por la victoria.

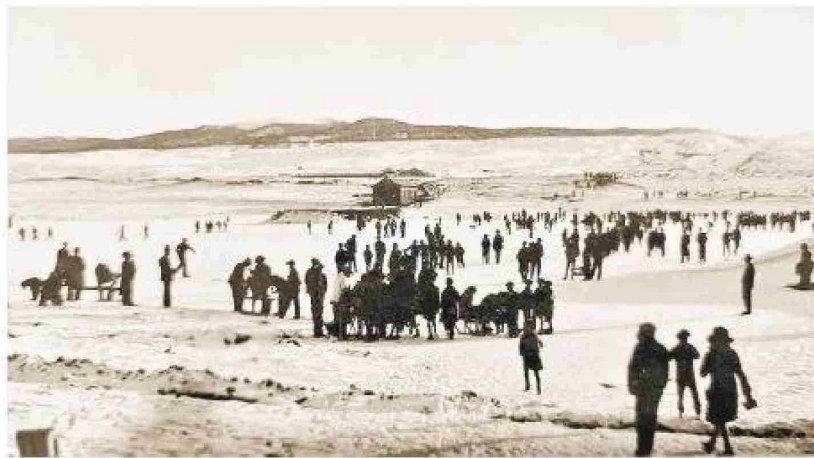
Esto es lo que sucedía habitualmente, en el centro de la ciudad, pero en los sectores más populares y humildes de Punta Arenas el entusiasmo por la llegada de la nieve era mucho

mayor; en las terrosas y conge-ladas calles del barrio 18 de Septiembre, alrededor del viejo zanjón del río de la Mano, o en Playa Norte, en la bajada de tierra que había en Manantiales hacia el mar grisáceo y espumoso que parecía esconderse detrás de unas precarias casitas de madera ubicadas al borde de un barranco. En todos los sectores de la ciudad se repetía el mismo cuadro como, asimismo, en las capitales provinciales o en las comunas rurales: contrariamente a lo que se cree, la llegada de la nieve significaba que las personas salían a la calle a verse, a juntarse, a compartir. Se podía encontrar en las calles a gentes de todas las edades.

De algún modo aquella práctica de reunirnos al aire libre para compartir, jugar y divertirnos, se institucionalizaba en el parque María Behety o en la laguna de patinar del cerro de la Cruz, o del Pudeto, como porfiadamente señalaban algunos, incluido mi padre. Cuando éramos niños percibíamos, por el nivel de organización de los comensales, que las diversas competencias individuales y por equipos, que se celebraban en esos espacios eran muy anteriores, a nuestra llegada a este mundo. Esta impresión era todavía más fuerte cuando pasábamos por la laguna de patinar del Cerro de la Cruz. A veces, a la medianoche, se podía contemplar a niños, o a parejas de jóvenes y adultos, bien abrigados realizando sus justas deportivas o recreativas.

Ya de adulto, en el retorno a Punta Arenas, tenemos grabados pasajes inolvidables en la memoria, que saben a noches eternas en la casa de calle Fagnano 133 del entonces presidente de la Sociedad de Escritores de Magallanes, el amigo Dinko Pavlov Miranda. ¡Cuántas veces cruzamos por calles Arauco o Patagona en busca del domicilio de Pavel Oyarzún, quien vivía en Angamos esquina goleta Aneud, en la casi centenaria población Magallanes, en una de las primeras casas de tipo social construidas en "albañilería de ladrillos", como diría el reconocido arquitecto Dante Baeriswyl Rada.

Es imposible olvidar una escena en pleno invierno de julio de 1999 con abundante nieve y escarcha. Un grupo de escritores, entre los que se contaba quien redacta estas líneas, unidos en la amistad férrea que prodiga el dios Baco, alrededor de las cuatros de la madrugada caminábamos envaletonados por los altos de calle Patagona en busca de la casa de Pavel. A la izquierda, de improviso en medio de la oscuridad, surgió radiante,



Fotografía de la Laguna de Patinar tomada a principios de siglo XX por la casa Franciscovich.

luminosa, la laguna de patinar del Cerro de la Cruz como una novia en fiesta, completamente blanca. No hacía mucho que habían concluido las habituales competencias de trineos y nos hicimos la misma pregunta: ¿Desde cuándo la gente utilizaba la laguna como un lugar de encuentro?

Una antigua práctica

Distintos testimonios escritos y fotográficos, indican que el lugar era frecuentado ya a fines de siglo XIX. Por de pronto, antes de comenzar el capítulo sobre climatología, en el ya mencionado "Censo general del territorio de Magallanes", Lautaro Navarro incorpora una fotografía presumiblemente tomada en 1906, que muestra a varias parejas, las que parecen divertirse en el lugar. La imagen viene acompañada de la leyenda: "Patinando en las lagunas del cerro de la Cruz".

A su vez, el profesor de historia, geografía y educación cívica, Ernesto Fernández de Cabo Arriado, -golfista destacado y consumado filatelista, además-, nos compartió algunas reproducciones que muestran distintos momentos de la laguna de patinar captados por importantes fotografías instalados en Punta Arenas en las primeras décadas del siglo XX. El mismo Fernández de Cabo en la página 25 de su libro, "Magallanes Golf Club: 100 años de historia 1917-2017" asegura que los inicios de esta práctica deportiva se remontan a un lugar ubicado en la parte alta de la ciudad en los alrededores de la mítica laguna:

"Si bien la fecha de fundación del Magallanes Golf Club fue el 8 de octubre de 1917, el golf había comenzado a ser practicado en Punta Arenas con anterioridad a esa fecha por un grupo de residentes británicos, quienes se reunían desde el año 1905 en una pequeña cancha de 6 hoyos

que se encontraba ubicada en las inmediaciones de la Laguna de Patinar, a la cual denominaban "Cuartel de Policía", ubicada detrás del Cerro de la Cruz, en las cercanías de una laguna de pequeñas dimensiones".

La literatura también se ha empeñado en recrearnos el fantasmagórico lugar. El escritor José Grimaldi Acotto publicó en 1933 el libro de poemas "Humo azul" que incluye la composición "Laguna de Patinar". Tiempo después, (1975) el mismo autor editó una antología titulada "Poemas de nuestra tierra", que lleva una presentación del profesor de castellano Julio Ramírez Fernández, quien, al parecer, tuvo mucha incidencia en la elección de los poemas, como se desprende del siguiente comentario: "De Humo Azul señalamos 'Laguna de Patinar', porque, ¿hay algún magallánico que no haya suspirado por su querida Laguna?"

Otro escritor puntarenense, Nicolo Gligo Viel publicó en marzo de 2022 el libro de relatos, "Magallanes entre brumas de recuerdos y fantasías". En uno de los cuentos, "Sueño de una tarde de invierno", el autor sitúa la acción en junio de 1954, cuando en compañía de una hermosa joven llamada Svlethiana se dirige a la laguna de patinar que Gligo denomina del "Regimiento Pudeto". Al unísono nos describe el ambiente del lugar:

"Encontrarse allí con amigas y amigos para convivir, hacer carreras, juntarse 20 o 30 patinadores en esas colas en que solía ubicarme en el extremo inverso al que picaba para tomar velocidad, y competir patinando para atrás". A medida que se hacían más frecuentes las visitas a la laguna, la amistad con Svlethiana se transformaba en admiración y en amor: "Nadie se atrevía a interrumpirnos. El hielo crujía al paso de los patines, pero yo sólo pensaba en ella, en su misteriosa capacidad de embriujarme, de hacerme sentir un dios volando al Olimpo". El idílico momento se quiebra cuando ella contrae una grave enfermedad y Gligo presiente el final:

"Partió de la vida consciente mucho antes de morir. Pero a mí siempre me ha acompañado. Aparece con su traje de cosaca rusa cuando sueño que estoy patinando en esa querida laguna; o cuando a veces miro las estrellas para ver si es posible que escarche, o cuando paseo por la Avenida Bulnes. Quizás Svlethiana también aún patina sin cesar, y quizás yo la estoy acompañando entre los cirros australes de un atardecer magallánico".

Como sabemos, durante su permanencia en Magallanes, que abarcó casi dos décadas, (1926-1944) el general de Ejército Ramón Cañas Montalva implementó varias iniciativas culturales tendientes a vincular a las fuerzas armadas con la sociedad civil.

Esperando el invierno

A la creación de un zoológico al interior del regimiento Pudeto, se agregó la conformación de la banda musical de esa unidad militar, la exhibición regular de películas, de exposiciones pictóricas y fotográficas, la implementación de ciclos de charlas y conferencias dictadas por profesores y especialistas.

En más de una oportunidad, el general había sugerido que la laguna de patinar podía servir como entorno natural para la conmemoración de actos patrióticos. El oficial pensaba realizar grandes eventos artísticos, con la participación de civiles y militares. Sus ideas fueron retomadas por la Ilustre Municipalidad de Magalla-

nes en los años 50, cuando los regidores de la época, principalmente, debido al repentino crecimiento de la población de Punta Arenas producto de la aplicación de la ley N°12.008 o de puerto libre, que trajo una masiva migración desde Chiloé y del sur del país, decidieron recuperar la idea de los carnavales y disfraces, característicos como forma de celebración popular de la ciudad, a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Las autoridades concibieron celebrar la llegada del invierno con una gran demostración en la laguna y aunque siempre existieron esporádicos eventos en torno al humedal, supongamos que 1958 marcó el punto de partida de esta actividad que se repitió anualmente, por lo menos hasta 1969 cuando el club Andino auspició el festival folclórico de la Patagonia y las llamadas fiestas de la nieve, que consideraba la elección de una reina.

El evento se denominaba "Gran festival de hielo", la organización se le encomendaba al Regimiento Pudeto. Se elaboraba un programa de actividades que consultaba un partido de hockey entre los equipos del Pudeto y de infantería de marina Cochrane. A continuación, se efectuaban carreras en patines para niños menores de 14 años y una competencia de trineos en 100 metros para menores. Después venían las carreras reservadas a los adultos que consistía en dar una vuelta completa a la laguna. Más tarde, damas y varones realizaban sus pruebas de destreza en el hielo, las que culminaban con la difícil prueba de saltos con obstáculos.

Todos los años, el batallón de infantería de marina Cochrane se lucía consumando un juego de haces de luces con sus reflectores, mientras la banda instrumental del regimiento Pudeto amenizaba la jornada interpretando marchas militares e himnos alusivos al invierno. Se entregaban distintos premios a los ganadores.

Para refrendar lo que señalamos, hace quince años, "El Magallanes en su edición del 14 de junio de 2009 recordaba estas festividades con un titular que decía: "Una tradición perdida. Patinaje en laguna del Pudeto". Después de hacer hincapié en que hacía seis años que no se congelaba, la nota indicaba:

"Cada apertura de la temporada de patinaje era acompañada de una ceremonia cívico-militar, que le daba un sello especial a la actividad invernal. Incluso, se habilitaba una cafetería para combatir el frío".